

Campear a Yupanqui, o de cómo el rastreo en bibliotecas puede ser una peregrinatio amoris

Introducción

“*Runa allpa kamaska*” gustaba repetir don Ata, ya que se reconocía en ese adagio quichua que sintetiza, con insuperable maestría, que “el hombre es tierra que anda”. Del otro lado del Atlántico, a mediados del siglo xx, Gabriel Marcel, filósofo de la tierra adoptiva de Yupanqui, también había reparado en que toda persona es *homo viator*, “hombre que camina, que va”. Nada nuevo, en realidad: ya la condición del hombre medieval era reconocerse como *viator*, como peregrino. Quien hoy, en los inicios del tercer milenio, pretenda vivir a conciencia lo que implica este cambio de época no puede desconocer esta identidad itinerante.

El pensamiento de Atahualpa Yupanqui resulta, en ese sentido, iluminador. Recordemos que para nuestro autor

“los caminos se han hecho para ir, no para volver. Volver es como fracasar, volver es como caminar con los brazos caídos... hay que ir, no volver (...) Ir siempre. Ir cien veces, pero no volver ninguna vez. Ir...” (Yupanqui en Otero, 2008, p. 111).

Andar, buscar, sin detenerse; no en neurótica huida hacia adelante, sino, por el contrario, con el alma en un puño siguiendo ese “sueño lejano y bello” del que, como bien dice don Ata, somos peregrinos (“Piedra y camino”).

Desde esos mismos presupuestos podemos reflexionar acerca de la búsqueda que nos lleva por sus textos intentando una hermenéutica –una de tantas, en rigor, o un mosaico de ellas–. Para lograr ese objetivo, nada mejor que detenernos brevemente en la idea hoy tan *aggiornada* de las peregrinaciones medievales, al estilo del camino de Santiago. De ese modo, además, descubriremos cómo a nuestro entender esta búsqueda de Yupanqui –tanto la que lo tiene a él por objeto como la que encaramos a partir de sus pasos–, este “salir a campearlo” puede ser también una *peregrinatio*. De paso, vayamos reteniendo este verbo, “campear”, que nuestro trovador usaba, en particular referido a temas trascendentes: según el *Vocabulario y refranero criollo*, de Tito Saubidet, “campear” es “buscar en campo abierto animales o personas” (Saubidet, 2002, p. 62).

Peregrinatio famis: a la búsqueda de información fehaciente

Hablábamos recién de las peregrinaciones medievales –Compostela, Roma, Jerusalén, entre otras–. Recordemos algo que, de no ser evocado, se pierde en el olvido: al igual que como acontece hoy día, no todo el mundo caminaba por los mismos motivos ni del mismo modo. Había quienes encaraban una *peregrinatio amoris* o bien una

peregrinatio famis. La primera modalidad se relacionaba con el objetivo real, existencial, profundo de reconocerse en tránsito, en camino, con un pie en la Tierra y el otro en el Cielo; el “ya sí pero todavía no”, donde el motor eran la fe y el amor a Dios. La segunda modalidad era más básica: bajo el ropaje de la anterior, el peregrino solo buscaba en realidad satisfacer una necesidad concreta, por lo general relacionada con el sustento material. Por eso aquella era “por amor” y esta “por hambre”. Si trasladamos esto a la búsqueda intelectual, bien pueden darse estas dos similitudes: un peregrinar ligado al amor al saber, y otro a la preocupación concreta de responder a una necesidad académica, como la redacción de un artículo o una tesis. Esto sería, en cierta medida, también una forma de hambre, que puede llevarnos a un lugar ni demasiado lejos ni demasiado cerca de la actitud picaresca que movía a romeros, palmeros y jacobeos a mendigar un pedazo de pan y un techo bajo el cual cobijarse. Eso sí: seguramente la procura de nuestro alimento bibliográfico será más sofisticada que la que los peregrinos encaraban en las tabernas.

Como ciudadano del mundo que supo hacer carne la experiencia del camino, Yupanqui mudó de todo: de provincia, de país, de profesión, de escenarios. Lo hizo, desde ya, por incontables razones: políticas, sentimentales, profesionales, intelectuales, humanísticas. Sus motivos fueron, también, el amor y el hambre, ya que amaba lo que hacía y, en épocas en las que se lo persiguió con notable encono, tuvo que abrirse camino en el exterior para sustentarse económicamente. Pero ese amor y esa hambre no solo deben ser entendidos bajo el significado que habitualmente les damos. Son el modo que adoptó en él una necesidad imperiosa de hacer oír su voz, ya que “había venido de lejos para cantar”⁵³: cantar a la tierra, a los campesinos, a la luna, entre tantos motivos de búsqueda y alabanza.

Uno de esos tópicos, sin embargo, no ha sido desarrollado en profundidad más que en contadas ocasiones: su búsqueda de lo sagrado. A pesar de la hondura con que Yupanqui⁵⁴ expresa sus vivencias, el acento de la crítica suele estar puesto en su enunciación, su compromiso con los campesinos o el capital simbólico del que se apropia y al que enriquece en sus composiciones. Sin embargo, su apertura a la trascendencia –y, huelga decirlo, al Dios cristiano presente en la tradición en la que se crio– rara vez ha sido objeto de trabajos de investigación académicos, aunque sí, desde ya, de encomiables y

⁵³Una etimología posible, aunque discutida, indica que “Atahualpa Yupanqui” significa “aquel que viene de lejos para cantar” (Boasso, 1993, p. 18; Boasso, 2002, p. 5)

⁵⁴No vamos a distinguir en esta ocasión “yo lírico” de “yo biográfico”. En primer lugar, porque en Yupanqui suelen darse muy cercano uno del otro, en particular cuando expresa la hondura del paisaje interior; pero en segundo lugar, y más propiamente, porque no hace a los fines de este trabajo.

entrañables textos de Fernando Boasso (*Tierra que anda, Campeador de misterios*) y Carlos Otero (*Caminos en la noche*). En mi rastreo bibliográfico, tuve la dicha y el privilegio de encontrarme con este autor para compartir pareceres.

En el transcurso de la investigación, mi interés estaba centrado precisamente en ese tópico. Por ese motivo, comencé mi labor por los textos mencionados, así como por las biografías publicadas, las entrevistas, e incluso las grabaciones –es decir, un relevamiento del material al que cualquier persona con Internet podía acceder–. El tema en cuestión giraba en torno a algunas afirmaciones de Yupanqui, que en ocasiones parecían contradictorias. En efecto, al hablar de los modos en los que se relacionaba con Dios y del lugar que ocupaba en su vida, nuestro autor podía pasar de una “experiencia de alergia” (Carou, 2023, pp. 83-86), perceptible en textos como las célebres “Preguntitas sobre Dios”, a una experiencia de encuentro y celebración (Carou, 2023, p. 90), que se evidencia en “Dios me entiende”, “A la noche la hizo Dios”, o en innumerables entrevistas y testimonios orales. Pero lo que sin duda resultaba más llamativo fue una expresión completamente original: cuando le preguntaban si era ateo o creyente, don Ata decía que era “dudante” (Galasso, 2009, p. 7). Ante una confesión de ese tenor, muchas alarmas se activaron, y se hizo necesario ahondar en las lecturas filosóficas que nutrieron a nuestro autor (cf. Abdala, 2012, p. 44). A ese efecto, el trabajo de la Universidad del Salvador con el Fondo Yupanqui resultó más que providencial, y es sobre lo que quisiera explayarme.

En primer lugar, fue menester rastrear los textos filosóficos de su biblioteca. Una rápida ojeada permite ver algunos clásicos, como las *Lecciones preliminares de Filosofía*, el célebre manual de García Morente que sirvió como libro de texto, pero que además ayudó a muchos legos a internarse en los senderos del saber filosófico. Por otra parte, al orientar un poco más la mirada, se reconocían en ese catálogo otros títulos; por ejemplo, una colección de un filósofo italiano radicado en la Argentina a fines del siglo XIX, Clemente Ricci, nombre que casi se ha perdido en los ecos sordos de los claustros, pero cuya labor pedagógica fue notable. Sobre uno de los volúmenes de esta colección volveremos luego.

El siglo XX, pródigo en acontecimientos que cuestionaron todas las visiones filosóficas y políticas existentes, fue por demás prolífico a la hora de producir textos que respondieran a esos devenires y a esas inquietudes. Textos que, por otra parte, no solo poblaban los anaqueles de los eruditos, sino las modestas bibliotecas caseras de cualquier ciudadano de a pie que mostrara interés en ver un poco más allá de lo que muestran las apariencias. Atahualpa Yupanqui, desde ya, no era ajeno a estas costumbres, ya que se había criado en un hogar humilde, pero en el que los libros ocupaban un espacio importante (Galasso, 2013, p. 6). Él mismo recuerda que, con otros camaradas de su juventud, se reunían a leer y “penetraban, como llevados de la mano, en ‘la selva de la filosofía’, como gustaba decir García Morente” (Yupanqui, 2018, p. 150). En efecto, el filósofo español no solo era conocido por el invaluable manual al que hicimos referencia, sino que además fue por dos años una figura relevante de la cultura tucumana, ya que en la Universidad de aquella provincia dictó los célebres cursos que tanto contribuyeron a difundir la gran tradición del pensamiento occidental. Es muy probable que haya sido a través de este autor que

Yupanqui se interiorizara sobre el pensamiento de Ortega y Gasset, Sartre o Descartes.

Ahora bien: es en este último autor que vamos a detenernos, ya que, afinando un poco más el pincel, la expresión “dudante” que utilizaba don Ata remite inevitablemente a la duda cartesiana y a su modo de responder a la pregunta por Dios. Fue así como, buscando en forma digital los textos del filósofo francés presentes en la biblioteca de Cerro Colorado, aparecieron tres textos que me interesaron vivamente: el primero, ya mencionado, es el libro de García Morente, que sin duda fue la puerta de entrada para don Ata al pensamiento del autor francés. De hecho, el capítulo referido al padre del Racionalismo es extenso, claro y abarcador. El segundo libro que resultaba relevante era un volumen clásico de la Biblioteca Austral, la célebre colección que publicaba Espasa Calpe en nuestro país, que contenía en una edición de 1937 las dos obras magnas de Descartes: *Discurso del método* y *Meditaciones metafísicas*. Es claro que estas obras fueron leídas por nuestro autor, y no resulta sorprendente que, más allá de la anécdota familiar que alegaba para explicar el término, el eco de la duda metódica haya aparecido en la formulación de su condición de “dudante”; eso sí, resolviendo de manera mucho más pertinente la pregunta por Dios que la forma en que lo había hecho el filósofo francés.

Pero, como dijimos, había también en existencia un volumen que llamaba la atención, y es el tercero de esta pequeña lista. Pertenecía a la colección de Clemente Ricci y se titulaba, precisamente, *Descartes y el problema religioso*. Inmediatamente se encendieron las alarmas académicas. La *peregrinatio* estaba yendo por buen camino y prometía respuestas auspiciosas. Parecía que por fin estábamos llegando a una meta significativa, acaso puerta de entrada a la bóveda en la que se encontraba la modesta piedra filosofal que explicara el término “dudante”. El citado libro podía aportar datos inéditos y seguramente sustanciosos sobre este punto. Se impuso la necesidad de conseguir este ejemplar, inhallable, y fue entonces que, al consultar en detalle acerca de este material, apareció una simple palabra, colocada por la pericia de los responsables de la biblioteca. Este término echó por tierra buena parte de las elucubraciones formuladas hasta ese momento: al hablar de este volumen, en el catálogo figuraba como “intonso”. Dicho en otros términos: sus páginas selladas indicaban que el maestro jamás lo había leído, ni siquiera ojeado, así que si había elaborado esa particular manera de pararse frente a la indagación religiosa no se debía, desde ya, a lo que hubiera descubierto en ese libro. Volvíamos al punto de partida.

Paralelamente, en una entrevista radial⁵⁵, Yupanqui comentó su amistad con Hermann Hesse, cuyas inquietudes espirituales son por demás conocidas. Don Ata lo visitó en repetidas oportunidades en Castagnola (Suiza), el lugar elegido por el autor de *Demian* para alejarse de la toxicidad beligerante germana, mucho antes incluso del arribo del nacionalsocialismo al poder. Fue así que resultó por demás interesante rastrear las existencias de libros de este autor, y aparecieron, en efecto, las *Obras completas* editadas por Aguilar. Esas ediciones, que gozaron de gran popularidad a lo largo del siglo xx, fueron la fuente de la cual el argentino bebió en el pensamiento del

⁵⁵ <https://ar.radiocut.fm/audiocut/quique-pessoa-entrevista-a-atahualpa-yupanqui/> fecha de acceso: 21/9/2023

alemán, cuyo ecumenismo, apertura y sentido simbólico son por demás conocidos. De este modo, la confirmación no solo de los encuentros y las conversaciones con Hesse, sino también la lectura de su obra permitía deducir que sus ideas acerca del crecimiento personal y de la búsqueda de lo sagrado dentro de cada uno se habían nutrido del pensamiento del autor alemán.

Finalmente, cuando parecía que ya estaba todo más o menos claro, en una nueva revisión del catálogo salió a la luz la presencia de un título que había sido pasado por alto en un primer momento: *Andar porque sí nomás! La filosofía de Atahualpa Yupanqui*. El libro lleva la firma de Máximo Arbe, quien fuera una pieza clave en la organización del material de la Biblioteca La Capataza. Ante la imposibilidad de hacerme con un ejemplar, contacté al autor por las redes sociales, y, con enorme generosidad, no solo se prestó a enviarme uno, sino también a una cálida charla telefónica. Así, de cierta manera, se cerraba un círculo que albergaba otras futuras recorridas.

Conclusión: una *peregrinatio amoris* inconclusa y renovada

Llegados a este punto, algo –y muy valioso– se puede rescatar de la aventura bibliográfica. Hay motivos para no bajar los brazos y continuar la búsqueda todo el tiempo que haga falta, por cuantos senderos quieran llevarnos las causas y los azares.

Resulta útil y reconfortante comprobar que una búsqueda bibliográfica es una peregrinación. Ya no solo por motivos de necesidad, sino de apertura sincera y desinteresada a lo que el canto del viento yupanquiano quisiera develar. Porque de eso se trata: hay una indagación intelectual, heurística, que no tiene más que nutrirse de datos precisos, certeros, racionales; está poblada de fechas, de referencias, de informaciones verificables. Pero hay otra búsqueda que es más libre, existencial y hasta podríamos decir erótica, ya que se mueve por la atracción y el deleite, y de la que el cuerpo guarda las huellas. Es un salir a campear guiados por el impulso y el amor a la sabiduría. O acaso las dos sendas sean la misma, o dos modos complementarios de un idéntico empuje.

Está claro que no se pueden comparar punto por punto una búsqueda movida por intereses académicos con una que atañe a las fibras más profundas del alma. Sin embargo, hay contactos evidentes: en los dos casos el punto de partida es un interés personal, algo que llama la atención, lo suficientemente fuerte como para apasionar y movilizar energías. En el primer caso, el método científico nos ayuda a precisar el objeto de estudio, la selección de bibliografía y el rigor en la investigación y presentación de las conclusiones. En el segundo, un impulso vital nos hace incorporar todo lo que nos acerca al objetivo, en tanto resulte más o menos valioso. Del mismo modo, en definitiva, en que Yupanqui había procedido a lo largo de su vida: buscando, campeando a cielo abierto. A veces a caballo, a veces a pie; en algunas ocasiones, reconocido por multitudes, y en otras, lamentable e injustamente olvidado. Pero siempre andando. Con el tiempo, muchas de las informaciones obtenidas permanecerán, y otras caerán en el olvido. La *peregrinatio famis* en algún momento culminará, al menos en forma temporal; la *peregrinatio amoris*, en cambio, siempre continúa. Una vez que el amor se enciende no se lo apaga sin más, sobre todo cuando la madera es tan noble. En todo caso, luego de ambas experiencias, ya no somos los mismos de antes.

Mucho menos cuando lo que nos sale al paso son las palabras llenas de sabiduría de aquel que vino de lejos para cantar y para recordar que somos “tierra que anda”.

Referencias

- Abdala, E. (2012). *Guitarra dímelos tú: la poesía de Atahualpa Yupanqui*. Corregidor.
- Boasso, F. (1993). *Tierra que anda. Atahualpa Yupanqui, historia de un trovador*. Corregidor.
- Boasso, F. (2002). *Atahualpa Yupanqui, campeador de misterios*. CONSUDEC.
- Carou, M. (2023). *In Principio erat Verbum. Apuntes de Teopoética*. Pieco.
- Galasso, N. (2013). *Atahualpa Yupanqui. El canto de la patria profunda*. Colihue.
- Otero, C. (2008). *Caminos en la noche. Sendas interiores en Atahualpa Yupanqui*. Lumen.
- Saubidet, T. (2002). *Vocabulario y refranero criollo*. Letemendia.
- Yupanqui, A. (2018). *El canto del viento*. Fundación Atahualpa Yupanqui.